



el Rancagüino, Rancagua, 26-III-1994 p. 4.

RCF9161

Vigencia de Oscar Castro

"Si acercáis el oído a su frente serena, sentiréis un
rondar de planetas y abejas". (O. Castro).
Necesitamos acercar nuestro oído a su frente serena de
eternidades.

En medio de nuestro mundo que se muere de tedio y
sobrerebunda en fealdad, necesitamos la voz de Oscar
Castro "remolino de lirios y sollozo de tréboles", el único
capaz de "tejer gobelin" de música, una tarde otoñal,
con telares de lluvia". Son sus palabras, sus pensamien-
tos llenos de gentil armonía los que nos invitan hoy a
rememorar su natalicio. Nacido en un incipiente otoño
rancagüino, con la sencillez de los juncos que se mecen
en sus versos y con la apacible luminosidad de los
luceros que iluminan sus narraciones, las noches de sus
viajes hasta el alba, Oscar está presente hoy para
llamarnos a escuchar el sermón de los trigales, para
desvelar con su espíritu siempre joven a los niños que
preguntan a su madre por qué suenan las campanas
mojadas por la aurora. Nos hace bien recordar a este
hombre que hizo de la pluma el riel de acero puro por el
cual se deslizara ágil y diáfano el más sentido pensa-
miento. Necesitamos mantener vigente su memoria y la
riqueza insondable de su obra. Es necesario salvar ese
mundo inferior amenazado por la mañana pegajosa,
asfáltica y ponzoñosa que nos empuja a permanecer
como esclavos de un mundo rutinario y sin sentido. Su
literatura nos devolverá la capacidad de admiración. Su
poesía nos llevará a comprender que el aroma de la flor,
el canto de las aves, el murmullo del viento, el sol
enrojecido en el oculto, las cosas simples de la vida,
nos proporcionan satisfacciones más puras y alegrías
más sanas que el fascinante, pero cálido mundo,
donde todos nos cosificamos o nos transformamos en
autómatas. El poeta nos invita a dejar las tinieblas donde
pululan los monstruos de nuestra miseria espiritual y nos
abre las puertas de un jardín luminoso donde canta para
nosotros, como el pájaro de su poema: "Loco de melo-
día, ebrio de azules vinos, reviviendo y muriendo al
fondo de mí mismo".

Es oportuno, entonces, que en estos días de marzo, al
recordar el nacimiento de nuestro poeta, abramos sus
libros de versos, sus novelas, nos asomemos al mundo
de sus cuentos. Sintámonos cómplices de la cabra que
se comió las madreselvas y las albahacas. Sigamos con
apacible mirada y respetuoso silencio, el tenebroso cortejo
del campesino "de lento mirar", que nunca supo de
playas ni de olas, pero que ahora recibe el canto
elegíaco de tréboles y alfalfas. Póstumo tributo para el
hombre que cosechó la "ajena heredad" pero que se
durmio con el alma henchida de paz, porque cumplió su
tarea, la tarea de todo hombre: Trabajar.

Es hora que con Oscar regresemos a casa, donde
aguardan nuestra madre y nuestros hermanos y que en
el camino nos topemos con ese bandido que en medio
del espinoso cardo de su maldad, tiene, todavía, una
chispa de hidalguía y bondad, porque era todo un
hombre. Desvelados con Lina, con Laura, con Mercedes
en la casa de las guitarras, con Isolda, "para que no me
olvides", sentimos latir el corazón de la mujer chilena,
tan diestramente trazada y dibujada en las novelas y
cuentos de Oscar Castro. Mujeres de nuestro pueblo,
húmedas madres, hermanas carifiosas, amantes
furtivas, meretrices que en su degradación y
marginalidad, tienen un gesto noble, una actitud huma-
na, una pizca de ternura.

Vamos con Oscar de la mano. Nos llevará a la Comarca
del Jazmín, donde trasciende la inocencia y el poder
lúdico de los niños. Acaso en premio de los "descubri-

mientos" singulares que hagamos con Juanito, nos lleve
la orilla de los sueños, a contemplar el barco pirata que,
surcando el agua azul de la laguna, entre gráciles y
esbeltas espadañas, se lleva en la cubierta las ilusiones
de nuestra adolescencia. Subiremos con el poeta,
cuentista fino y de grato discurso, hasta la montaña
donde se embrutece el hombre, a fuerza de querer
arrancarle sus entrañas rojizas. Sufrirémos la siniestra
aventura de los personajes de ese "Llampo de Sangre";
la imposibilidad de rendirse y arrancar de su destino de
Etelina Cáceres y una vez más se colmará Sewell de
mineros y pirará el tren bajando y subiendo la montaña,
con el vientre preñado de hombres y mujeres que tratan
de huir de su sino, cual nueva versión de Jonás que, en
su fuga, sólo logra el calabozo abisal, la oscura cárcel,
en la entraña de una ballena.

Sobre todo, disfrutaremos con el campesino que nos
invita al valle donde vive, "demarcado por luceros",
donde hay siempre una mano generosa que ofrece el
pan fragante florecido con las brasas de un horno de
barro y un vaso de vino, recompensa -como ctórona- en
la medieval y monástica edad de Barcoo, para los que
escriben un verso y se deleitan con el trovadoresco
canto de la naturaleza.

Oscar no trae sus personajes sin rencores secretos.
Con fidelidad los va engarzando en las joyas de su
poesía o de su prosa. Agricultores humildes que ven
peligrar un cosecha y se acogen al conjunto; patrones
bondadosos o despóticos, mujeres agobiadas por la
prolífica e interminable maternidad, ramera a las que
no ha podido arrancarse la maldad de los hombres ni el
desprestigio de su oficio, un corazón capaz de compa-
sión y solidaridad.

Nos asomamos a la vida íntima y demasiado "simple-
mente" narrada de la infancia y adolescencia del poeta,
identificado en Roberto, el muchachito que aprende a
leer solo, que se aventura, tímido y ansioso en una
biblioteca pública, que crece luchando contra un enja-
mbre de dificultades y necesidades. Vida parecida a la de
tantos niños marginados de nuestro medio, acosados
por el hambre, la ignorancia, el vicio, la miseria abruma-
dora.

Debemos redescubrir a nuestro poeta. Su alma vibra
con los mismos líricos acentos del granadino García
Lorca, el enamorado de la música y del paisaje de
Andalucía, poeta de gitanos, toreros, lunas y libros:

"Viva moneda que nunca se volverá a repetir". Y si
miramos más atrás, en el espejo del tiempo, veremos
como la figura grave de D. Luis de Góngora y Argote,
con su enortijado lenguaje barroco, como en mágico
alambique, fábrica el licor finísimo de una poesía
magistral y señorial. Cuando se debe de esas fuentes,
siendo como se es, "Poeta por la gracia de Dios", sólo
se puede afirmar que Oscar no es la hiedra que se
apoya en el laurel robusto, no el musgo que medra en
la humedad del muro; Oscar es el jilguero que equipara
su hidalguía y la potencia de su canto con el raudal
sonoro de esos dos ruiseñores cuya melodía todavía
nos estremece de placer y de admiración incontenibles.
Vayamos por el "Camino del Alba" sintiendo en nuestro
espíritu el rocío que hace florecer el trébol. Sabremos
que el verso del poeta Oscar Castro encendió las
estrellas. Estrellas que va podando el grillo con azules
tijeras. Nos trae canciones maduras, canciones recién
cortadas. Oscar es el vendedor de canciones. En
sueños, escuchemos su pregón. Nos quedará en el
alma como un olor a manzanas.

Mario Noceti Zerega.

Vigencia de Oscar Castro [artículo] Mario Noceti Zerega.

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vigencia de Oscar Castro [artículo] Mario Noceti Zerega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile